

U na ciudad viva

BOHEMIA conversa con Eusebio Leal Spengler, historiador de esta urbe



Foto: Yasset Llerena Alfonso

{ Por Jessica Castro Burunate }

CUANDO el doctor en Ciencias Históricas Eusebio Leal Spengler se convirtió en director del Museo de la Ciudad de La Habana, tenía apenas 25 años y una formación autodidacta. Era el año 1967 y la urbe, con más de cuatro siglos, comenzaba a experimentar el aislamiento que la convertiría en una pieza única de la geografía global. Se salvaba del destino de otras antiguas villas latinoamericanas, arrasadas en su historia por la modernidad, pero también iniciaba su encapsulamiento temporal y una cierta, y no tan poética, decadencia.

Ya entonces se trabajaba por la restauración de la Casa de Gobierno, antiguo Palacio de los Capitanes Generales y Casa Capitular, aunque pocas personas creían en el proyecto, y Eusebio, según ha declarado en otros momentos, se sentía como un guía turístico que recorría junto a otros “el valle de interesantes ruinas que era la parte antigua de La Habana”.

Los años 90 parecían el fin de muchas cosas. Cuba estaba sumida en una profunda crisis económica y la ciudad había mutado tanto que la Plaza

Vieja era un aparcamiento de automóviles. Pero en ese contexto, para al menos una parte de esta “Roma americana”, la más cansada y doliente, era el inicio de la resurrección.

Durante un viaje a Cartagena de Indias, Fidel Castro le preguntó a Leal qué necesitaba La Habana. Fortalecer el principio de autoridad, elaborar un Plan Maestro y que este no sea letra muerta, le respondió. El modelo de gestión que estrenara La Habana Vieja y luego se adaptaría a otras ciudades patrimoniales del país, ha conformado un paradigma de nuevo despertar. Fue un renacer complejo, como todos. Debía preservar la historia y la comunidad, la gente con sus escuelas y trabajos, y a los viajeros que nuevamente comenzarían a llenar las calles.

Luego de una vida azarosa, según la describe quien una vez debió asumir cargado de ingenio y voluntad el puesto de su maestro Emilio Roig, es hoy profesor de Mérito de la Universidad de La Habana, embajador de Buena Voluntad de la Organización de la Naciones Unidas y encargado de la red de Oficinas del Historiador y Conservador de las ciudades

patrimoniales de Cuba, entre una larga lista de distinciones y títulos. Pero es sobre todo quien mejor cuenta la ciudad, envuelto en el mismo atuendo azul claro, quizás gris.

La Habana, por su parte, ha sido declarada Ciudad Maravilla y uno de los principales destinos turísticos de América. Los restos de su perímetro amurallado y su sistema de fortificaciones forman parte del Índice del Patrimonio Mundial; aún llena de fronteras invisibles que signan su multiplicidad temporal, sus brechas sociales, el reto de lo nuevo dentro de lo antiguo, de la urbe que crece sin expandirse, con sobrepoblación y ocasionales derrumbes. Así llega a sus 500 años y Leal, después de mucho camino, no se exalta ni lamenta.

“Me alegra que La Habana esté. Hay muchas ciudades en el mundo que en aras de una reinterpretación de la modernidad cambiaron completamente. Las conozco bellas pero desiertas, convertidas en ciudades fantasmas porque el uso y abuso de una determinada corriente de explotación las ha transformado, están como embalsamadas.

“La Habana es una ciudad viva. Cuando comenzamos el proyecto del Centro Histórico hace tantos años, la idea de lo social estuvo y estará siempre. De manera que la ciudad viva, que la gente entre y salga, haga su vida cotidiana, establezca formas de trabajo, negocios, que no permitan que la ciudad muera”.

Esta ha ido moviéndose con inversiones estatales o privadas, nuevos actores y mayor conciencia de su valor. Lamentablemente no es un impulso equilibrado. Leal sabe que La Habana trasciende los límites del centro histórico. “No soy el historiador de La Habana Vieja, sino de La Habana. Me interesa tanto Luyanó como San Miguel, Guanabacoa o el Cerro. Cada uno de esos espacios tiene sus encantos, su carácter. La cultura del barrio es importantísima, es lo que podríamos llamar la buena vecindad”.

Pero sabe también que no todos los espacios han corrido con la misma suerte en la gestión y el mismo esfuerzo que podrá hacer justicia a todo su patrimonio. “Esa es la tarea de nosotros, el gobierno. Como diputado de la Asamblea Nacional por varias legislaturas me siento comprometido como gobierno, y cuando hablo no lo hago en un sentido abstracto como el historiador que está apartado del mundo. Yo estoy en las calles todos los días. Siempre hay alguien que se acerca a decirme una palabra, o me pone un papel en el bolsillo. Después respondo sus cartas que son infinitas, y siempre debo empezar: perdóneme que no haya podido responderle antes... pero respondo a todo el mundo, no un secretario, yo”.

La capital de Cuba no solo adolece de fuertes inversiones y una gestión efectiva. “La quisiera más cuidada, más pulcra; y no depende eso de las autoridades solamente, debe ser un compromiso de quienes habitan La Habana. La ciudad está desamada, le falta el amor de sus ciudadanos. No participo



Eusebio Leal Spengler, historiador de la ciudad de La Habana. Foto: Leyva Benítez

de la idea que son los forasteros. Las costumbres se debilitan cuando es mucho más importante pensar en lo mío que en lo ciudadano, en lo colectivo. Los espacios públicos, por ejemplo. Cómo es posible que se arrojen latas, que se beba en las calles a cualquier hora. Las ciudades tienen su dignidad. No soy capaz de salir a la calle en ropa interior. Eso se aprende desde que uno es pequeño, se llama pudor, sentido común”.

De todas las cosas amenazadas por el tiempo o el descuido, Eusebio Leal teme más que se pierda la fe. “A mí me gustan las piedras, es verdad, no puedo vivir sin ellas. Pero lo que más me interesa es lo que está escrito en la lápida del Tempete,

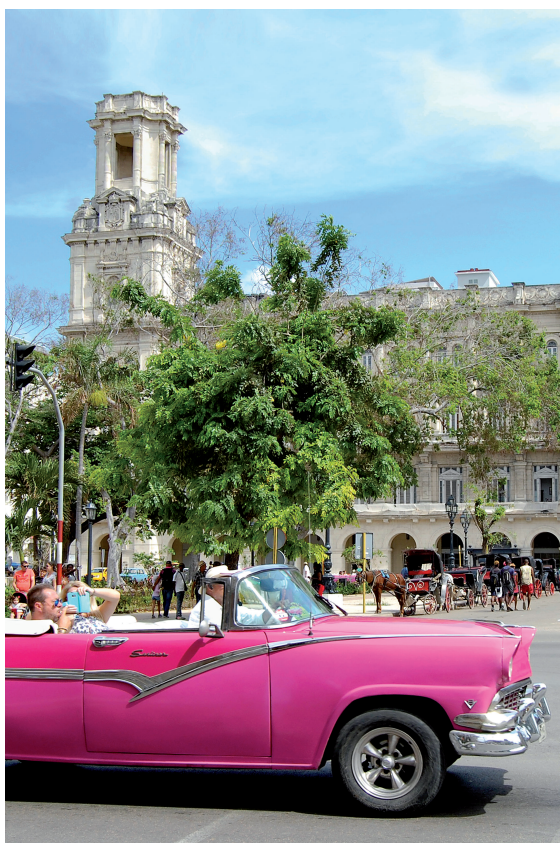


Las obras de restauración en el centro histórico de la ciudad comenzaron a finales de los años 60, aunque el mayor impulso fue en la década de los 90.

Foto: Tomás Barceló



La recién restaurada cúpula del Capitolio, “una corona que se le ofrece a la ciudad en su aniversario 500”, refiere Leal. Foto: Jorge Luis Sánchez Rivera



La Habana fue declarada Ciudad Maravilla y es uno de los principales destinos turísticos de Latinoamérica. Foto: Yasset Llerena Alfonso

lugar de fundación de La Habana: ‘que no muera nunca la fe habanera’. Esto es lo más importante. Que no muera nunca ese sentido de ciudad, que no es una más, es la capital, que viene de la palabra latina *capitalis*, la cabeza, la ciudad es una superior entre iguales. Decir que La Habana es la capital de todos los cubanos es una redundancia, cuando se dice capital se ha dicho todo”.

El hombre que para muchos ha sido el gran héroe de La Habana, el eterno defensor, sabe que una ciudad no se salva con heroísmos solitarios. Lo acompañan siempre “los espíritus de sus primeros maestros de obra”, agradece a las legiones de arquitectos, urbanistas, obreros que han pasado por la Oficina del Historiador de la Ciudad, y a los que como él se han erigido defensores del patrimonio cubano en distintas ciudades del país.

“Un artista puede hacer su obra solo parado frente al lienzo. Pero quien debe hacer algo como lo mío requiere una multitud”. Hace cinco años le contaba a **BOHEMIA**: “Ni el dolor ni las lágrimas resuelven, la única forma posible de solucionar las cosas que tanto nos preocupan sobre la ciudad, es trabajando y uniendo a las personas... es el único camino, el otro es edificar en medio de La Habana un monumento a la bíblica mujer de Lot, que se vira llorando, pensando en el pasado y se convierte en una estatua de sal, conmigo no cuenten para eso”.

Tal vez por eso, Eusebio busca la historia pero no se detiene en ella ni en el miedo que siempre llega de algún lugar.

“Te voy a contar una anécdota que no le he dicho a nadie. Le tengo pánico a las alturas, siento un vértigo insufrible. Cuando empezó la obra del Capitolio, que ahora se ve como una corona ofrecida a la ciudad en su aniversario 500, obra del tesón y la voluntad del general presidente Raúl Castro, tenía que subir al techo en el güinche y era terrible sobreponerme al miedo a la altura. A mi lado iban los trabajadores y yo fingía todo el tiempo. Cuando llegas a la parte superior se baja un puentecito de metal y uno queda con el precipicio a ambos lados.

“Subí muchas veces ahí, porque tenía que hacerlo. Y me inspiraron unas palabras de Máximo Gómez que estando en Camagüey con el combate por empezar, lo sacudió un temblor de arriba a abajo y dándose cuenta que los ayudantes se percataron, dijo en voz queda pero de forma que pudieran escucharlo: ‘Tiembra cuerpo que si supieras donde te voy a meter ahora temblarías más’.

“En ese temblor he estado metido por medio siglo; por eso no me importa tanto llegar al quinto centenario como pensar que eso solamente es un hito, no sea que después sobrevenga una fatiga, desaparezcan los mensajes y el trabajo. Aquí hay mucho que trabajar, todos los días, porque todos los días es el cumpleaños de La Habana”.